El

Señor de

Manzanillo

4

EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL SEÑOR DE MANZANILLO

COMEDIA EN DOS ACTOS

DE

DON SALVADOR MARÍA GRANÉS

Estrenada en el Teatro de la Comedia el dia 22 de Abril de 1877, y en el del Circo del Duque, de Sevilla, el 4 de Junio del mismo año.

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
Pez, 40, segundo.
1877.

EL SEÑOR
DE MANZANILLO

COMEDIA EN DOS ACTOS

DE

DON SALVADOR MARÍA GRANÉS

Estrenada en el Teatro de la Comedia el dia 22 de Abril de 1877, y en el del Circo del Duque, de Sevilla, el 4 de Junio del mismo año.

A la distinguida actriz
Srta. Dª Antonia Contreras

Su af.mo am.o
El autor

MADRID, 1877.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
de los Señores J. C. Conde y Compañía,
Caños, 1.

PERSONAJES.	ACTORES. EN MADRID.	ACTORES. EN SEVILLA.
Dª CLARA......	Sra. Valverde.	Artigues.
JULIA...........	Srta. Alverá.	Dominguez.
LUISA...........	Ballesteros.	Francesconi.
CÁNDIDO.......	Sr. Castilla.	Romea.
RUFO............	Guerra.	Peluzzo.
JACOBO.........	Rodriguez.	Rubio.
CAMARERO.....	Oliva.	Morato.

La escena en Valencia, época actual.

ACTO PRIMERO.

Sala de una fonda. Puerta al foro y laterales, primero y segundo término.

ESCENA PRIMERA.

RUFO y JULIA.

JULIA. Pero hombre, escucha. ¿A dónde vamos? ¿En dónde estamos?

RUFO. Ni lo sé, ni me importa.

JULIA. Oye...

RUFO. ¡No quiero, no me da la gana! (Con ira.)

JULIA. ¡Calma, Rufo!

RUFO. Estoy que trino. ¡Infame! ¡Perjura!

JULIA. No insultes á tu esposa.

RUFO. Si te parece que no tengo razon! Un marido que, al mes de casado, no sabe dónde está su mujer...

JULIA. En cambio yo, despues de dos horas de ferro-carril, no sé dónde estoy.

RUFO. Pero esto no ha de quedar así; mi venganza hará más ruido que el terremoto de la Martinica. Si hasta hoy he sido tímido y manso como un cordero, desde hoy me convertiré en un chacal, en un tigre carnicero; rasgaré, rajaré, despedazaré...

JULIA. ¡Qué génio!

RUFO. ¿Génio?... ¡Génio! ¡A que eres capaz de decir que tengo mal carácter, que soy gruñon, irascible! ¡No me faltaba otra cosa!

JULIA. Yo...

RUFO. Tú defiendes á tu hermana, y haces bien... digo, haces mal; porque el proceder de tu hermana no tiene defensa. ¡Separarse de mí bajo el pretexto de ir á Játiva, á ver á sus padres, y cuando, en alas de mi amor, vuelvo en su busca á Játiva, me encuentro con que aquel mismo dia ha desaparecido para venir aquí! ¿Qué se le ha perdido aquí á mi mujer?

JULIA. ¿Quién sabe?...

RUFO. Pues es preciso saberlo.

JULIA. Tal vez le convengan los baños de mar.

RUFO. ¿Sí? Pues voy á pegarle fuego á los baños y al mar.

JULIA. ¡Rufo!

RUFO. En vista de la repentina desaparicion de mi esposa, tomamos en el tren asientos, con el objeto de perseguirla, y hénos hace un cuarto de hora en Valencia sin poder dar con ella.

JULIA. ¡Dios mio! ¡En Valencia!

RUFO. ¿Qué significa esa exclamacion?

JULIA. Significa... que yo no te hubiese acompañado, si hubiese previsto que el fin de nuestro viaje era éste.

RUFO. ¿Por qué?

JULIA. Porque él está aquí.

RUFO. ¿Y quién es él? ¡Ah! Ya comprendo. El perseguidor de tu hermana, no me cabe duda. ¿Luégo son ciertas mis sospechas? ¡Oh! ¡Yo te prometo que asistirás á un drama más negro que el azabache.

JULIA. Pero, ¿qué disparates estás ensartando? Al hablar de él, me refiero á Jacobo.

RUFO. ¿Jacobo? ¿Ese jóven oficial, que despues de haber pedido formalmente tu mano, ha escrito una carta á tu padre renunciando á ella, sin saber por qué? ¿Y aún te acuerdas de ese badulaque?

JULIA. ¿Yo? Pues si le ódio, le aborrezco hasta el punto.....

RUFO. De amarle todavía. Hé aquí retratado el corazon de la mujer. El más bribon le inspira un amor profundo é inestinguible, mientras que el hombre honrado que, como yo, se casa canónica y civilmente, se encuentra á las tres semanas de matrimonio, teniendo que andar de ceca en meca en busca de la depositaria de su honor, que se ha fugado con con los fondos.

JULIA. ¿Y para eso hemos entrado en esta fonda?

RUFO. No, hija, no. Una cosa es tu hermana y otra nuestros estómagos. Vamos á almorzar, y en seguida continuaremos nuestras pesquisas. Pero, ¿qué veo? Una mujer se acerca. ¿Será tu hermana?

JULIA. No; es esa señora tan excéntrica que viaja con nosotros desde Játiva.

ESCENA II.

Dichos y Clara, con traje de última moda llevado á la exageracion.

Clara. Señorita, caballero...
Tengo un placer verdadero
y una dicha pura y honda
en verles en esta fonda.

Rufo. (¡Calle! Habla en aleluyas.) Señora...

Clara. Una palabra. ¿Ha encontrado Vd. en su peregrinacion veraniega
á un ilustre terapéutico,
generoso farmacéutico?

Rufo. Generoso, no hemos encontrado á nadie; y en cuanto á farmacéutico, tal vez hayamos visto á alguno; pero no se nos ha ocurrido pedirle la cédula de vecindad.

Clara. El es rico; y, segun creo,
viaja por puro recreo.

Rufo. (Para recreos estamos nosotros. Ven, Julia, y dejémos á esa habladora.)

Clara. Un instante más. (Deteniéndolos),

Rufo. ¡Vuelvo! Vamos Julia.

ESCENA III.

Clara.

Qué rusticidad la de estas gentes ¡Es claro!
no agradecen la poesía
que hay en la cabeza mia.
¡Ay Cándido! Tú sólo, merced al entra-

ñable cariño que me profesas, eres capaz de comprender á Clara Molinillo.....

Mujer de estilo tan terso,
que sin querer habla en verso.

Si señor, pronto mi novio Cándido dejará de serlo..... no Cándido, sino novio, para ascender á la categoría de esposo. ¡Yo casada! ¡Ay que rubor! ¡Cuando pienso que al principio creí que galanteaba á mi sobrina Concha!

Y es que mi propia modestia,
me hacia pasar... molestia.

ESCENA IV.

CLARA y JACOBO.

JACOBO. Pues señor, en esta maldita fonda no se encuentra á nadie.

CLARA. ¿Un oficial? un teniente!
y es buen mozo; y muy decente.

JACOBO. ¡Una mujer! No; es una vieja.

CLARA. ¿Caballero oficial?

JACOBO. ¿Señora?

CLARA. ¿Usted ha visto por casualidad en sus peregrinaciones veraniegas á un farmacéutico que viaja por puro recreo?

JACOBO. Señora, ni yo veraneo, ni vivo en esta fonda.

CLARA. El que digo parece inglés.

JACOBO. ¿Sí? Pues quede Vd. con Dios.

CLARA. ¿Qué dice Vd.?

JACOBO. Digo, que me voy, por que se dan casos de que hay quien parece inglés y lo es, al ménos para mí. Así como así tengo que hacer.

CLARA. Pues yo tengo que amar.

JACOBO. Buen provecho le haga á Vd.

CLARA. ¿Qué, aborrece Vd. el amor?

JACOBO. No le aborrezco, pero le huyo. ¡Ay! Si usted supiera, señora, si supiera Vd. lo que me acaba de pasar.

CLARA.
Cuente usted, señor teniente,
la historia inmediatamente.

JACOBO. Es corta: yo amaba con delirio á una mujer, y la pérfida, la aleve, la perjura, la coqueta...; en fin, no me gusta ultrajar á los ausentes, y por eso me callo.

CLARA.
Pues quedo de su relato
como tres en un zapato.

JACOBO. Continúo, señora. Esa mujer se ha casado con otro. ¿Comprende Vd. mi desesperacion? ¿La comprende Vd.?

CLARA.
La comprendo: la deploro,
y hasta la compadezco y la lloro.

JACOBO. (¡Qué tipo!) En fin; le digo á Vd. que tengo que hacer. Á los piés de Vd.

CLARA. Vaya Vd. con Dios, jóven; y siento...

JACOBO. Gracias.

CLARA. Me duele... (Acompañándole hasta la puerta.)

JACOBO. Gracias.

CLARA. Y me pesa...

JACOBO. Pues que no le pese á Vd. Abur.

ESCENA V.

CLARA, despues CÁNDIDO.

CLARA. ¡Cielos, es él! Huyamos, pero sin perderle de vista.

CÁNDIDO. (Figurando que habla con los que están dentro.) Sí, señor, tienen ustedes razon que les sobra, y si parece mi equipaje, me lo dan Vds., y si no

iré en cueros. Así como así el frio no ha de molestarme mucho. Estoy tan acostumbrado á perder, que el ganar me incomoda. Señores, servidor de ustedes. (Saludando á los que cree que están en escena.)

CLARA. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! (Asomando la cabeza.)

CÁNDIDO. ¿Se rien ustedes del percance que me acaba de suceder? Pues es el más insignificante de cuantos me han ocurrido en esta vida. Nací en mártes, y 13 por añadidura; el comadron que me presentó en el gran mundo, falleció aquella misma noche de pulmonía; cuando era chico, no se perdia pedrada en mi pueblo que yo no me la encontrara; de estudiante, recogí siempre doble cosecha de calabazas; las mujeres me han engañado y me han estafado los amigos; si me meto á separar á dos que riñen, yo soy al que llevan á la prevencion. En fin, hace poco más de seis dias declaré mi pasion al objeto de mis amores, me contestó favorablemente, y quedamos citados aquella noche á la reja; como desgraciadamente mis ojos no son más que un adorno para mi cara, pues no veo tres sobre un burro, me equivoco de hueco, y voy á reiterar mi pasion á una vieja estantigua, tia y tutora de miadorada, la cual lo toma por lo sério, y me veo obligado á no matar sus esperanzas por temor de que se oponga á las mias; resuelvo huir de ella alejándome de Madrid, bajo á la estacion, y por tomar el tren de Andalucía, para donde tenia facturado el equipaje, me emboco en el tren de recreo de Valencia. En el camino he descarrilado, y ha habido un li-

gero incendio. No sé cómo se me extravió el billete, y he tenido que pagar doble. Por poco me pegan una paliza en la estacion, por reclamar el mundo que se me ha perdido. Este soy yo: ahora sólo pido á Dios, en vista de tantas desdichas, que sean las últimas que me ocurran en este delicioso viaje de recreo.

ESCENA VI.

LUISA y CÁNDIDO.

LUISA. ¡Ah! ¡Caballero!

CÁNDIDO. ¿Señora? (¡Calle! ¡La morena de ojos negros! ¡Mi compañera de coche!)

LUISA. ¿Caballero?

CÁNDIDO. ¿Señora? (Y van dos.)

LUISA. Dispense Vd. si me atrevo á molestarle; pero su fisonomía me ha inspirado confianza.

CÁNDIDO. Señora, es Vd. muy amable. (Una conquista, y en viernes. ¡Malo!) Vd. dirá.

LUISA. ¿Qué haria Vd. si yo le suplicara un favor?

CÁNDIDO. Servirla á Vd. de rodillas. Sentémonos. (¡Y es muy guapa!) (Da una silla á Luisa, él toma la misma en que puso el sombrero; vá á sentarse por el respaldo y se sienta en el suelo.) ¡Ay! ¿Pero estas sillas no tienen asiento?

LUISA. ¿Se ha hecho Vd. daño?

CÁNDIDO. No, poca cosa...

LUISA. ¡La colocó Vd. del revés! (La coloca bien.)

CÁNDIDO. Si, fué una distraccion. (Malditos ojos.) (Va á colocarla como estaba antes.)

LUISA. Caballero, que la vuelve Vd. á poner lo mismo.

CANDIDO. Pues no decia Vd...

LUISA. Es que yo la habia colocado bien.

CANDIDO. Ah sí; es verdad. Soy tan distraido ¡Uy! (Se sienta encima del sombrero que retira instantáneamente.)

LUISA. ¿Qué es eso?

CANDIDO. Nada. Prosiga Vd.

LUISA. Caballero, lo primero que le suplico, es que no vaya Vd. á formar mal concepto de mí por lo que voy á decirle.

CANDIDO. ¡Qué disparate!

LUISA. Yo soy una señora.

CANDIDO. Lo creo.

LUISA. Créalo Vd. sin vacilar, porque de eso depende la vida de un hombre.

CANDIDO. Caramba, eso es grave.

LUISA. ¿Vd. conoce esta poblacion?

CANDIDO. La conozco, pero no la trato: aquí llevo la Guia del viajero. Por ella sé que Valencia es una capital, que tiene una catedral, un hospital y un Cabañal.

LUISA. Bien; pero...

CANDIDO. Cuarenta y dos mil habitantes y muchos naranjos.

LUISA. No es eso...

CANDIDO. Capitanía general y guarnicion perpétua.

LUISA. Eso es lo que busco.

CANDIDO. ¡Ah! ¿busca Vd. la guarnicion?

LUISA. Le he dicho á Vd. que no forme mal juicio de mí.

CANDIDO. Y yo repito, que Dios me libre. (Vamos hay algun oficialito en danza. ¡Qué lástima!)

LUISA. Pues bien, caballero, ayúdeme Vd. á salvar á dos séres, cuya existencia está en peligro.

CANDIDO. ¿Dos? ¡Antes dijo Vd. que uno!

LUISA. No señor, dos.

CANDIDO. ¡Ah, comprendido! (¡Pobrecilla! Ella es... los dos séres.)

LUISA. Vd. me acompañará á casa del coronel.

CANDIDO. ¿De qué coronel?

LUISA. De ese.

CANDIDO. ¿De ESE? Corriente: vamos á casa de ESE coronel.

LUISA. En verle estriva la vida de tres séres.

CANDIDO. (Ahora son tres. ¡Caracoles!)

LUISA. ¡Diga Vd.! ¿No seria mejor ir á la capitanía general?

CANDIDO. Vamos á donde Vd. quiera.

LUISA. ¡Ah! Tengo que suplicarle tambien que guarde el más profundo secreto....

CANDIDO. ¿Sobre qué?

LUISA. Sobre todo lo que acabo de decirle.

CANDIDO. Pierda Vd. cuidado, señora. (Y ¿qué es lo que me ha dicho?)

LUISA. Pues vamos. ¿Vd. sabrá el camino?

CANDIDO. Señora; yo de Valencia no sé más sino que tiene una catedral, un hospital, un Cabañal, cuarenta y dos mil habitantes, y muchos naranjos.

LUISA. ¿Y Vd.... no sabe más.? ¿Cómo podremos entónces?...

CÁNDIDO. Yo veré el medio de... preguntaré, me informaré y...

LUISA. ¡Oh! sí; sí: infórmese Vd., infórmese, porque de ello depende...

CÁNDIDO. Sí, ya estoy. La vida de cuatro séres. Espéreme Vd. un poco. Vuelvo en seguida. (La conquisto: de fijo.) (Váse.)

ESCENA VII.

LUISA.

¡Ah! Por fin me hallo en Valencia. Es preciso evitar un lance entre el novio de mi hermana y mi hermano, que no tardará en venir á buscarle y á pedirle una reparacion de la ofensa que ha inferido á la familia, renunciando sin motivo á su mano Y en tanto mi marido sin saber... ¡Pobre Rufo! Digo, pobres maridos en general; cuanto mejores son, peor les tratamos.

ESCENA VIII.

LUISA Y JULIA.

JULIA. Luisa.

LUISA. ¡Julia! ¿Tú aquí? ¿Y Rufo?

JULIA. Con él he venido: está furioso...

LUISA. Bien.

JULIA. Rabioso...

LUISA. Mejor.

JULIA. Y dispuesto á cometer una barbaridad.

LUISA. Lo creo... y me alegro.

JULIA. ¿Te parece bien haber abandonado Játiva sin decir por qué ni para qué?

LUISA. Es que si hubiese manifestado mi proyecto, Rufo se hubiera opuesto á mi marcha. Pero, ¿tú no adivinas á lo que he venido á Valencia?

JULIA. Lo sospecho. Jacobo se encuentra aquí de guarnicion.

LUISA. Y tu hermano vendrá á buscarle.

JULIA. ¿Cómo?

LUISA. Un marino no deja impunes las afrentas hechas á su familia, y ya sabes que Jacobo nos ha afrentado rehusando tu mano sin decir la causa de ese cambio repentino.

JULIA. Y has venido?...

LUISA. A impedir á todo trance un duelo.

JULIA. ¿Un duelo?

LUISA. Sí: por el pronto voy á ver al coronel del regimiento de Jacobo.

JULIA. ¿Y vas á ir á un cuartel sola?

LUISA. (Acercándose al balcon.) No: tengo quien me acompañe.

JULIA. ¿Quién?

LUISA. Un pobre hombre que he encontrado aquí, y al parecer no tiene nada de peligroso. Mírale: allí está hablando con un oficial. señalando á la puerta del foro.

JULIA. ¡Gran Dios!

LUISA. ¿Qué tienes?

JULIA. Que ese oficial es Jacobo.

LUISA. ¿Ese es Jacobo?

JULIA. ¿No le conocias?

LUISA. No: como yo me hallaba ausente cuando te hizo la córte.....

JULIA. ¡Cielos! Tu marido se acerca. Vendrá á buscarte.

LUISA. Pues no le digas una palabra. Voy á ocultarme en esta habitacion, y ya me reconciliaré con él cuando el otro asunto esté arreglado. (Váse)

JULIA. ¡Ah, querida Luisa! Cómo podré pagarte el interés que te tomas por mí?

ESCENA IX.

JULIA y CÁNDIDO.

CÁNDIDO. Señora, he tardado un poco; pero ya sé el camino de la capitanía general.

JULIA. (Me toma por mi hermana.)

CÁNDIDO. Conque, cuando Vd. guste... (Presentándola el brazo.)

JULIA. Caballero, creo que me confunde con otra.

CÁNDIDO. ¡Cómo! ¿Rehusa Vd. ahora mi brazo?

JACOBO. (Dentro.) ¿Dice Vd. que es el número siete?

JULIA. (¡Cielos! ¡La voz de Jacobo! Si me reconoce, estoy perdida. Caballero: déme Vd. su brazo. (¡Yo tiemblo!)

CÁNDIDO. ¿En qué quedamos? (Creo que esta señora no está sana.)

ESCENA X.

DICHOS y JACOBO.

JACOBO. ¿Me hace Vd. el favor de decirme cuál es el número siete? (¡Calle! ¿Una mujer?)

JULIA. (Vámonos, caballero.)

JACOBO. (Buen palmito. ¡Qué miro! Ese talle. Ese modo de andar. ¡Caramba! Si estuviera en Madrid, juraria que era ella.)

JULIA. (Me va á conocer. Vámonos por Dios.)

JACOBO. (Es particular!) (Yendo á ver á Julia, ésta pasa donde estaba Jacobo y éste donde ella estaba.)

CANDIDO. (Tomando el brazo de Jacobo.) Vaya; pues déme usted el brazo y marchemos.

JACOBO. (Retirando el brazo.) ¡Caballero!

CÁNDIDO. ¡Eh! ¿Qué voz es

esta? Se ha acatarrado Vd., señora.

JACOBO. Cómo, señora, ¿se burla Vd.?

CANDIDO. (Fijándose.) ¡Canario! ¿Qué es esto? Mi conquista se ha convertido en un coracero.

JULIA. Por Dios, salgamos de aquí.

JACOBO. (¡Ah! Es ella; no me cabe duda.) ¡Caballero! (Pegándole en un hombro.)

CANDIDO. (Qué animal!)

JACOBO. Hace poco satisfice la curiosidad de Vd., diciéndole dónde estaba la capitanía general; por lo tanto, espero que ahora satisfaga us_ la mia, diciéndome quién es esa señora.

CANDIDO. ¿Esta? Yo le diré á Vd...

JULIA. (Que no me vea ese hombre.)

CANDIDO. ¿Eh?

JULIA. (Que no me vea.)

CANDIDO. Pierda Vd. cuidado.

JACOBO. ¿Ha oido Vd. lo que le he dicho?

CANDIDO. Sí, amigo mio, y siento mucho no poder satisfacer su curiosidad.

JULIA. (Respiro.)

JACOBO. ¡Ah! Todo lo comprendo. Estoy al fin de la calle.

CANDIDO. ¿De qué calle? ¡Ah! sí: ya me ha dicho Vd. antes, que á la vuelta hay una plazuela, que cruzándola...

JACOBO. No es eso: lo que digo es que lo sé todo.

CANDIDO. ¿Todo?

JACOBO. Todo.

CANDIDO. Pues saber es.

JACOBO. Sé que esa señora es su mujer de Vd.

CANDIDO. ¿Mi mujer?

JACOBO. ¿Confiesa Vd.?

CANDIDO. No señor, yo no confieso mas que en Páscua florida. (¿Está loco?)

JACOBO. ¿Se burla Vd.? Bien. Me gusta ver su sangre fria. (Dándole en el hombro.)

CANDIDO. ¿Fria? Frita sí que la tengo.

JULIA. (Vámonos por Dios.)

JACOBO. Pues sepa Vd., señor mio, que esa mujer es una coqueta. ¿Lo oye Vd., caballero?, Una coqueta!

CANDIDO. Bueno, ya lo he oido.

JACOBO. ¿Y no me desafia? ¿Y no se ofende Vd.?

CANDIDO. Hombre, yo le diré á Vd.: ofenderme, si me ofendo... pero desafiarle á Vd., no señor.

JACOBO. ¿Y Vd. es su esposo? (Con desprecio.)

CANDIDO. ¿Yo?.. (Le falta un tornillo.)

JULIA. (Por favor, caballero. Partamos.)

JACOBO. ¡Señor mio! Sepa Vd. que no estoy de humor de tolerar su irónica sonrisa.

CANDIDO. ¡Ah! ¿yo me sonrío irónicamente?

JACOBO. ¡Usted trata de burlarse, y... (Cogiéndole de un brazo y tirando.)

JULIA. (Por lo que más quiera Vd. en este mundo, vámonos) (Tirando del otro brazo.)

CANDIDO. Me van á partir en dos. (Desasiéndose.)

JACOBO. Si me dejara llevar de mi génio, le pediría á usted una satisfaccion; pero comprendo que seria inútil, porque no es Vd. capaz de dármela.

CANDIDO. Pues crea Vd. que si tuviera alguna, se la daría con mucho gusto.

JACOBO. Además, que ese desafío, podria dar á entender que yo contínuo amando á esta señora; y eso no me conviene.

CANDIDO. ¿Pero qué galimatias es este?

JACOBO. No se haga Vd. el tonto.

CANDIDO. Gracias.

JACOBO. (A Julia) Con lo que he visto, me basta para com-

prender que he obrado muy cuerdamente al rehusar su mano:

JULIA. (¡Dios mio!)

JACOBO. Me he curado por completo de mi loco amor, y tanto es así, que este se ha convertido en desprecio. La desprecio á Vd., señora, (Dando la mano á Cándido.) Abur.

ESCENA XI.

JULIA y CÁNDIDO.

CÁNDIDO. (¿Me llama señora?)

JULIA. ¡Dios mio! ¡Que desgraciada soy! (Llorando)

CÁNDIDO. Señora...

JULIA. Despreciada por él!

CÁNDIDO. Olvídele Vd., señora; es lo mejor que puede Vd. hacer. (Me parece que es el momento oportuno.) Señora, ese hombre es un títere: olvídele Vd., repito, y si no puede usted vivir sin amar, cosa muy natural en corazones sensibles, aquí me tiene Vd. La casualidad nos ha reunido en un wagon de segunda clase; pero mi amor... mi amor es de primera!

JULIA. ¡Caballero!

CÁNDIDO. Sí, señora. La pasion que se ha apoderado de mí es tan vehemente, como grande la hermosura de Vd,

JULIA. (¡Y este es el hombre, segun mi hermana, poco peligroso!)

CÁNDIDO. Usted es el ideal conque vengo soñando desde que tengo uso de razon; unos ojos negros como los de Vd., y una cabellera negra y sedosa como la suya, representan para mí la suprema felicidad.

JULIA. ¿De veras? ¡Pues míreme Vd! (Levantándose el velo.)

CÁNDIDO. ¡Cómo! ¿Qué veo? Cabellos rubios, ojos...

JULIA. Azules.

CÁNDIDO. ¿Pero que es esto? Señora; ¿está Vd. segura de ser Vd. misma?
(¡Tambien es muy guapa!)

JULIA. Creo que sí.

CÁNDIDO. Pero antes...

JULIA. Usted sueña, sin duda.

CÁNDIDO. Sí; sin duda debo estar soñando. ¿Ha cambiado de colores, ó se ha trastornado mi imaginacion hasta el punto de nover claro por más que sea corto de vista? (Y yo que la he dicho que me gustan tanto las morenas. ¡Qué grosero le habré parecido.) (Buscando el sombrero.)

JULIA. (¡Pobre hombre!)

ESCENA XII.

DICHOS y LUISA.

LUISA. (Llamando á Julia á un lado.) Véte enseguida al lado de mi marido, que está furioso, buscándote por toda la fonda.

JULIA. Voy corriendo. (Váse.)

ESCENA XIII.

LUISA y CÁNDIDO.

LUISA. Conque caballero, ¿sabe Vd. ya el camino de la capitanía general?

CÁNDIDO. Perfectamente.

LUISA. Pues vamos cuando Vd. guste.

CÁNDIDO. (Enmendemos mi torpeza.) Señora, permítame Vd. que declare, en honor de la verdad, mi positivo modo de pensar sobre los colores.

Es cierto que el color moreno ofrece cierto encanto, y que una cabellera negra como el ébano, y unos ojos negros como el azabache tienen muchos partidarios; pero, allí donde se ostentan una cabellera rubia y unos ojos azules, ellos se llevan la palma de la hermosura.

LUISA. ¿Eh? No entiendo...

CÁNDIDO. Y una prueba de lo que digo, es que el cielo es azul y los trigos son rubios.

LUISA. Pero, ¿á dónde va Vd. á parar por esos trigos de Dios?

CÁNDIDO. A demostrar á Vd. que lo que yo únicamente adoro, son los ojos azules y los cabellos rubios.

LUISA. (Levantándose el velo.) Entónces no hay peligro de que me haga Vd. el amor.

CÁNDIDO. ¡Canario! ¿Qué es esto? Yo debo estar tonto.

LUISA. Ea, vamos á la Capitanía general)

CÁNDIDO. ¡Vamos allá! (Dá el brazo á Luisa, y al salir Jacobo los detiene.) (¡Si no vuelvo de mi asombro.)

ESCENA XIV.

DICHOS y JACOBO.

JACOBO. ¡Caballero!

CÁNDIDO. Calle¡ el militarito.

JACOBO. Dispénseme Vd.; pero lo he reflexionado mejor, y nó quiero alejarme sin ver el rostro de esa señosa.

LUISA. Pues nada más fácil; ya la está Vd. viendo.

JACOBO. ¡Ah! Señora, pido á Vd. mil perdones: me habia equivocado. Y Vd., caballero, dispense si me he dejado llevar de mi carácter...

CÁNDIDO. Salvaje.

JACOBO. ¿Como?

CÁNDIDO. Digo: que salvaje seria yo, si no dispensara...

JACOBO. Mil gracias: reconózcame por su servidor... En la capitanía general...

CÁNDIDO. ¿En la capitanía general?... ¿Va Vd. allá ahora?

JACOBO. Precisamente me espera allí un compañero.

CÁNDIDO. ¡Hombre, qué casualidad! Nosotros vamos tambien.

JACOBO. Entónces iremos juntos. Y si puedo servir á ustedes en algo...

LUISA. Tal vez. Desearíamos tener noticias acerca del teniente D. Jacobo Suarez.

JACOBO. ¿Del teniente Jacobo?

CÁNDIDO. (¡Su novio! ¡De fijo!)

LUISA. Dicen que es un calavera de mala especie.

JACOBO. ¿De mala especie?

LUISA. Un libertino.

JACOBO. Señora...

LUISA. Un fátuo... un...

CÁNDIDO. (¡Anda! Cómo lo trata.)

JACOBO. Señora, el teniente Jacobo, soy yo.

CÁNDIDO. (¿El? ¡já, já, já!)

LUISA. ¿Usted?

JACOBO. Yo, señora, que hasta la presente no habia oido de boca de nadie, lo que acabo de escuchar á usted.

LUISA. Pues, lo dicho, dicho.

JACOBO. Señora...

CÁNDIDO. (¡Já, já, já!)

JACOBO. Me dará Vd. una satisfaccion. (Dándole un puñetazo en el vientre.)

CÁNDIDO. ¿Yo? Pues me gusta. ¡Ella le insulta, y yo lo pago!

JACOBO. Sí, señor. Usted debe ser el responsable de cuanto haga esta señora.

CÁNDIDO. ¿Yo? Vuelvo. (Vá á huir y tropieza con D. Rufo.)

ESCENA XV.

DICHOS y DON RUFO.

RUFO. Animal.

CÁNDIDO. Gracias. Vd. dispense.

LUISA. (A Cándido.) ¡Cielos mi marido! Es necesario qué ese hombre no me vea.

CÁNDIDO. (Esta mujer no quiere que la vea nadie ¡Ay qué viaje! ¡Qué viaje!)

RUFO. ¡Cielos! ¡Es mi mujer! No me cabe duda.

LUISA. Venga Vd. por aquí.

CÁNDIDO. Que ese es el balcon.

RUFO. Un momento: necesito ver el rostro á esa señora.

LUIS. (No lo permita Dios. No lo permita usted.)

CÁNDIDO. ¿Soy yo Dios?

JACOBO. Que estoy esperando su contestacion.

CÁNDIDO. (¡Por qué vine yo á Valencia!)

Telon

ESCENA VI.

DICHOS y CLARA.

CLARA. El con otra mujer. ¡Cielos!
Estoy rabiando de celos.

RUFO. No se irá Vd. de aquí.

JACOBO. No.

LUISA. Vamos.

CLARA. ¿Qué escucho?

CÁNDIDO. (Al oficial.) ¡Señora! (A Luisa.) ¡Caballero! (A Clara.) Señor oficial. ¡Ah! (Reconociéndola.)

CLARA. ¡Al fin dí contigo, mónstruo!

CÁNDIDO. Vámonos, señora.

LUISA. ¿A la capitanía general?

CÁNDIDO. ¡A los infiernos! (Se vá con Luisa, y por equivocacion coje el ros y se lo pone. Jacobo y Rufo van á seguirlos, y Clara los coje y los baja al proscenio.)

CLARA. ¡Ay! Yo me siento mal,
siempre que un caballero cerca se halla,
sostiene á cualquiera dama que se desmaya.
(Se desmaya en los brazos de Jacobo éste la hecha en brazos de D. Rufo, le quita el sombrero que le viene grande, y se vá.)

JACOBO. Téngala usted.

RUFO. (Echa á Clara en brazos del camarero, coje el sombrero de Cándido que le vendrá chico, y se vá.) ¿Yo? Allá vá eso.

(Todo este final, muy rápido y animado—Cuadro final.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

CLARA y CAMARERO.

CAMARERO. ¡Señora! ¡Señora!
CLARA. ¿Dónde estoy? ¿Qué fué de mí?
CAMARERO. ¡Señora!
CLARA. Diga Vd., ¿en dónde está?
CAMARERO. ¿Quién?
CLARA. Él.
CAMARERO. ¿Quién es él?
CLARA. El pérfido, el aleve, el trapisonda
que me robó la paz en esta fonda.
CAMARERO. La han robado á Vd., ¿y en la fonda? Voy á contárselo al amo.
CLARA. Pero...
CAMARERO. Descuide Vd , señora; descuide Vd., que voy á contárselo al amo. (Váse corriendo).

CLARA. Y yo á llorar, por mucho que le ame, la pérfida perfidia de ese infame. (Váse).

ESCENA II.

LUISA y CANDIDO.

CANDIDO. (Entrando muy cansado, y sentándose.) ¡Uff! Yo no puedo más. Estoy cansado, rendido, reventado, y dispuesto á cometer una atrocidad.

LUISA. ¡Pero, caballero!...

CANDIDO. Yo no soy caballero; yo soy un desgraciado que he venido á este mundo á sufrir y padecer bajo el poder de mis semejantes. ¿Cree Vd., señora, que es natural lo que á mí me está sucediendo?

LUISA. Pero, ¿qué remedio tiene?

CANDIDO. Efectivamente. No tiene remedio que me llame Manzanillo; que mi sombra sea tan fatal como la de árbol, mi tocayo; que haya nacido en mártes, y trece, y que desde aquel dia no haya gozado ni un solo momento de tranquilidad.

LUISA. ¡Por Dios!...

CANDIDO. ¡Que por Dios ni por los santos! Salimos de esta casa para ir á la dichosa capitanía general, y Vd. ha presenciado mi mala estrella. Al llegar á la puerta, tropiezo con un aguador, le rompo el cántaro que llevaba, y tomo un baño de agua dulce en puerto de mar. Ya en la calle, por ceder á Vd. la acera, piso á un perro, el animal chilla, el amo arma una cuestion conmigo, y al querer huir de él, atropello á una vieja; ésta me empuja,

y caigo sobre un ciego á quien rompo la guitarra: se separa Vd. de mí, y creyendo coger su brazo, agarro la lanza de un coche y pretendo tirar de él: los muchachos me ven, y empiezan á gritar «¡á ese, á ese!» y, en semejante barahunda, vuelvo á entrar aquí, donde no espero nada bueno de los dos salvajes que atentan á mi vida.

LUISA. Pero yo no tengo la culpa.....

CANDIDO. Ni yo tampoco. Por lo tanto, le suplico señora, por los clavos de Cristo y de rodillas, que me deje, que no me vuelva á ver ni á hablar, y que tenga usted compasion de mí. Abandóneme usted, señora; se lo pido con toda mi alma. (Se arrodilla).

RUFO. (Gritando dentro) ¿Dónde está el infame?

LUISA. (Huyendo precipitada) (¡Cielos! La voz de mi marido.)

ESCENA III.

DICHOS y RUFO.

RUFO. (Viendo á Cándido que permanece de rodillas.) ¡Ah! ya dí con él. (Dándole un puñetazo en la cabeza.) Bien.

CANDIDO. ¡Ah!

RUFO. ¡Bien!

CANDIDO. Yo digo que mal. (¿Quién será este barbaro?)

RUFO. ¿Qué hacia Vd. ahí?

CANDIDO. ¿No lo vé Vd.? Estar arrodillado.

RUFO. ¿Y por qué?

CANDIDO. Por variar de la posicion que generalmente uso.

RUFO. Bien, muy bien. Me alegro mucho.

CANDIDO. Hombre, ¿sí?
RUFO. Mucho. Me gusta la franqueza.
CANDIDO. Pues yo soy de lo más franco...
RUFO. Por eso me gusta Vd.
CANDIDO. ¿De veras?
RUFO. Y tanto que voy á hacer de Vd. tres ó cuatro ejemplares para tener más gente de mi gusto.
CANDIDO. (Que bruto.) Caballero, mire Vd. que soy inocente, por más que las apariencias me condenen.
RUFO. Bien. ¿Qué ha hecho Vd. de mi mujer?
CANDIDO. Ni se quién es su mujer de Vd., ni adivino lo que pueda hacerse de ella.
RUFO. Bien, muy bien.
CANDIDO. (A este hombre todo le pareee bien.)
RUFO. Empezaremos por batirnos.
CANDIDO. Suprimamos los principios: yo no como mas que el puchero.
RUFO. Y le mataré á Vd.
CANDIDO. ¿Tambien para empezar, eh?
RUFO. Dejo á su eleccion las armas.
CANDIDO. Es Vd. muy amable. (Que no rebentaras...)
RUFO. ¿Elige Vd. la pistola?
CANDIDO. No.
RUFO. ¿El sable?
CANDIDO. Tampoco.
RUFO. ¿La espada?
CANDIDO. Ménos.
RUFO. ¿La carabina?
CANDIDO. Conque por lo visto me deja Vd. la eleccion de armas, ¿eh?
RUFO. Si, señor.
CANDIDO. Pues no elijo ninguna.
RUFO. ¡Elegirá Vd.!

CANDIDO. No elegiré.

RUFO. Pues le mataré á Vd. sin elegir.

CANDIDO. Pues será una salvajada.

RUFO. En cuanto al terreno del combate, me parece el más á propósito, en el jardin de esta fonda, el bosquecillo de los naranjos.

CÁNDIDO. Sí, allí estará Vd. en su terreno.

RUFO. Son las dos. A las tres en punto le aguardo allá.

CANDIDO. ¿Y piensa Vd. que yo voy á ir? Está usted fresco.

RUFO. ¡Ah! ¿Prefiere Vd. que le mate como á un perro? Bien; todo marido tiene el derecho de matar al amante de su mujer.

ESCENA IV.

DICHOS, CLARA.

CLARA. ¡Qué oí! ¡Horror y abominacion!

CANDIDO. (¡Vaya, salió el seis doble!)

RUFO. ¿Conoce Vd. á este hombre, señora?

CLARA. Es el prometido de mis sueños.

RUFO. Que sea enhorabuena; pues ese hombre es el seductor de mi esposa.

CLARA. Lo creo: porque es un infame.
Busco un término escogido
para llamarle bandido.

RUFO. Y para colmo de su ignominia, rehusa batirse.

CLARA. ¿Cómo? (Con dignidad cómica.) ¡Este caballero se batirá!

CANDIDO. ¡Quiá!

CLARA. Se batirá, yo lo aseguro.

RUFO. Muchas gracias.

CLARA. (á Cándido.)
Vamos, Sardanápalo, muestre Vd. el valor de los grandes criminales. Si un hombre honrado y ofendido tiene el capricho de bañarse en su sangre de Vd., Vd. no puede oponerse.

RUFO. (á Cándido.)
A las tres en punto, en el bosquecillo de los naranjos.

CÁNDIDO. ¡Ea! Ya me va cargando Vd. y sus naranjos.

CLARA. Este caballero será el que antes llegue al lugar de la carnicería. ¿No es verdad, verdugo?

CANDIDO. Sí, yo seré el que antes llegue. Ahora mismo vuelo allá.

RUFO. Gracias á Dios.

CLARA. El bribon aun conserva instintos caballerescos.

CANDIDO. Sí; (¡Fíate en ellos!) (Mirando su reloj.) Hasta las tres. (Vóy á tomar el tren que sale á los dos y veinte.) (Váse corriendo.)

ESCENA V.

RUFO y CLARA.

RUFO. (Recorriendo á grandes pasos la escena.) ¡Perjuras mujeres!

CLARA. (Idem). ¡Infames hombres!

RUFO. Una criatura á la que habia confiado mi honor y mi nombre!

CLARA. ¡Un mónstruo al que tengo la debilidad de amar todavía!

RUFO. ¡Ay! Yo tambien sigo amándola.

CLARA. Caballero: ¿Accederá Vd. á la súplica de una mujer desolada?

RUFO. ¿Cuál es?

CLARA. No me lo mate Vd., no me lo mate usted.

ESCENA VI.

DICHOS, CANDIDO y JULIA

Cándido aparece dando el brazo á Julia procurando desasirse, y como llevado á remolque por éste.

CÁNDIDO. ¡Por piedad, señora!...

CLARA. ¡Qué veo! ¡Otra mujer de su brazo! Esto es ya demasiado.

CANDIDO. Doña Clara, yo la juro...

CLARA. ¡Bribon! Todas las mujeres de Europa se le disputanl

CANDIDO. Soy inocente, doña Clara.

CLARA ¡Y aún tenia yo la debilidad de compadecerle! (A don Rnfo.) ¡Ah! Caballero, comparto la justa indignacion de Vd. ¡Yo tambien tengo sed de su sangre! ¡Mátemelo Vd., mátemelo usted! (Váse.)

ESCENA VII.

RUFO, CANDIDO, JULIA.

CANDIDO. (A Rufo.) Caballero; Vd., al ménos, me escuchará. Salia yo de aquí como un cohete, cuando á la puerta tropecé con esta señorita. «Paso,—la dije,—voy huyendo de un marido furioso,» Yo me encargo de desenojarle,—me contestó ella,—porque ese marido es mi cuñado.»

RUFO. ¿Desenojarme? No lo espere Vd.,

JULIA. Pero, Rufo...

RUFO. Yo no soy Rufo.

JULIA. Cuñado...

RUFO. Yo no soy cuñado de nadie. Que su hermana de Vd. se encargue de volverla á llevar á Játiva... La encontrará Vd. aquí, y puede decirla que cuente desde hoy con mi maldicion... y cinco reales diarios. (á Cándido.) En cuanto á usted, caballero, tambien le reservo su parte.

CANDIDO. Yo no necesito nada diario de Vd.

RUFO. Pero necesita Vd. una estocada, y esa es la que le daré, dentro de una hora, en el bosquecillo de los naranjos. (Váse.)

ESCENA VIII.

JULIA y CANDIDO.

CANDIDO. ¿Es esta la manera que tenia Vd. de salvarme?

JULIA. ¡Pobre Rufo, cuánto debe sufrir!

CANDIDO. ¡Rufo! ¡Conque no compadece Vd. mas que á Rufo! ¿Y á mí, señora?

JULIA. A él le conozco... le quiero, mientras que usted... (Con ira.) Vd., ni áun siquiera sé cómo se encuentra mezclado en todo esto.

CANDIDO. Ni yo tampoco; palabra de honor. Sea Vd. galante, ofrezca Vd. su brazo á una dama encubierta... Y todo, ¿para qué? Para oirla decir, «¡pobre Rufo!»...

JULIA. (¡Me da compasion!) Caballero: Vd. está mal.

CANDIDO. ¿A quién se lo cuenta Vd., señora?

JULIA. Pero muy mal.

CANDIDO. ¡Vaya un consuelo!

JULIA. Y yo deseo salvarle.

CANDIDO. Gracias; ya lo he visto.

JULIA. Rufo quiere matar á Vd. porque le cree el amante de su mujer. Y lo que Vd. necesita...

CANDIDO. Lo que yo necesito es un salvavidas.

JULIA. Es probar á Rufo que no piensa Vd. en mi hermana.

CANDIDO. Pero, ¿quién es su hermana de Vd.?

JULIA. La mujer de mi cuñado.

CANDIDO. ¿Y quién es su cuñado de Vd.?

JULIA. El marido de mi hermana. ¿No lo comprende usted?

CANDIDO. Sí; perfectamente. (Que me emplumen si entiendo este lio.)

JULIA. Pues bien. Como he dicho, hay que probar á Rufo...

CANDIDO. Sí; se lo probaremos.

JULIA. Usted preguntará, ¿cómo?

CANDIDO. Justamente. ¿Cómo?

JULIA. Haciéndole comprender que ama Vd. á otra. Que me ama Vd. á mí, por ejemplo.

CANDIDO. ¡Gran idea! (Y qué guapa es.)

JULIA. ¿Le parece á Vd. bien?

CANDIDO. Admirable.

JULAI. Pues cuando Vd. guste puede empezar, la que le advierto que no va á ser más que una comedia.

CANDIDO. Quiera Dios que no termine en drama. Corriente, acepto su plan. Nuestro amor será un amor ficticio; porque sepa Vd., señorita, que yo tambien adoro á otra jóven, á la so-

brina de esa estantigua que no hace más que hablar en aleluyas. La adoro con frenesí. (La coge de la mano.)

JULIA. ¡Caballero, caballero!

CANDIDO. Pero si esto es la comedia.

JULIA. ¿Cómo comedia? (Queriendo retirarla.)

CANDIDO. Pues es claro. ¿No ve Vd. que le aprieto la mano y la hablo de otra mujer? (Algo se pesca.) Pero si esto de la otra la ofende, dejaremos á la otra, y la diré á Vd. señorita que sus ojos me han enloquecido, y que la amo á Vd. con locura.

ESCENA IX.

CÁNDIDO y JACOBO.

JACOBO. ¡Ah!

JULIA. ¡Jacobo! (Se va, y Jacobo con mucho despacio viene á sentarse donde estaba Julia.)

CÁNDIDO. Pero, ¿porqué separa Vd. su mano de las mias? ¿Porqué no permite Vd?... (Va á coger la mano de Jacobo, y éste le coge del pescuezo.)

JACOBO. ¡Villano!!

CÁNDIDO. ¡Canastos! El militarito! Pues, ¿dónde se ha ido ella?

JACOBO. ¿Ella? ¿Y aun tiene Vd. el atrevimiento de hablar de ella?

CÁNDIDO. Yo...

JACOBO. Señor mio. ¡Yo soy Jacobo!

CÁNDIDO. Por muchos años.

JACOBO. El teniente Jacobo, ¿lo entiende Vd?

CÁNDIDO. Perfectamente.

JACOBO. Esta mañana renuncié al amor de esa jóven,

á quien Vd. ama, porque la creí casada; pero enterado de que permanece soltera, ni quiero, ni puedo...

CÁNDIDO. Está Vd. en su derecho.

JACOBO. Consentir semejante amor. Y para empezar nos batiremos.

CÁNDIDO. Bien.

JACOBO. Y le mataré á Vd.

CÁNDIDO. ¿Para empezar? (Pues todos han aprendido la misma leccion. (*Se sienta.*)

JACOBO. Dentro de media hora, estaré aquí con las armas.

CÁNDIDO. Eso es, máteme Vd., estermíneme Vd., suprímame de la lista de los vivos. Quiero evitar un duelo con un paisano, y lo que consigo es meterme en uno con un militar.

JACOBO. Es decir, que...

CÁNDIDO. Nada hombre: lo que digo es que me llamo Manzanillo, que nací en martes trece, y que es justo que pague el haber venido al mundo en dia tan nefasto.

JACOBO. ¿Y qué me importa? Dentro de media hora volveré por la contestacion; reflexiónelo Vd. bien.

CÁNDIDO. Sí: ya lo he reflexionado.

JACOBO. Voy á buscar al capitan Cienfuegos, que es mi padrino de costumbre. (*Váse*).

CÁNDIDO. Tiene un padrino de costumbre, el canibal, como se tiene un sastre ó un zapatero.

ESCENA X.

DOÑA CLARA y CÁNDIDO.

(*Cándido va á salir y se encuentra con Clara que le detiene*).

CLARA. ¿A dónde vas, mortal desventurado?
CÁNDIDO. A dónde me dá la gana.
CLARA. Oyeme humano infeliz,
que no ves más allá de tu nariz.
CÁNDIDO. Doña Clara ó Doña Pecados capitales, ¿quiere Vd. dejarme en paz?
CLARA. No puede ser.
CÁNDIDO. Lo creo.
CLARA. Vengo á salvarte.
CÁNDIDO. Otra que me quiere salvar.
CLARA. Tengo un plan.
CANDIDO. Bueno será el.
CLARA. Un plan que ya he empleado en una de mis novelas.
CANDIDO. Pues de fijo será bueno...
CLARA. Tú conoces, ¿*Mi cadáver sin saberlo*?
CANDIDO. ¿Su cadáver de Vd? (Que no fuera verdad.)
CLARA. Pues bien: segun él, para darte la vida, es necesario matarte.
CANDIDO. ¡Eh! (Dando un salto.)
CLARA. Quiero decir, hacerte pasar por muerto.
CANDIDO. ¿Eh?
CLARA. Me explicaré: En una ciudad, de cuyo nom-nombre no quiero acordarme, vivía un altivo é inocente bandolero, terror de la comarca, por sus crímenes sin cuento. Este infeliz se veia perseguido por la bárbara justicia.

CANDIDO. ¡Qué barbaridad!

CLARA. ¿La de la novela?

CANDIDO. No; la de la justicia.

CLARA. La idolatrada esposa del generoso criminal concibió la idea de divulgar que habia muerto, y, vendiendo por las calles el romance de sus hazañas y victorias, logró que la autoridad perdiera la pista. ¿Qué te parece?

CANDIDO. Muy bien.

CLARA. ¿Has entendido?

CANDIDO. Sí. (Ni una palabra.)

CLARA. Sublime penetracion la tuya.
Corre, vuela, y sin ver lo que aquí pasa,
ocúltate en la cueva de esta casa.

CANDIDO. ¡Ay! Quiera Dios que de esta salga bien, que lo dudo.

CLARA. Vamos: vé, y que esto concluya.

CANDIDO. Voy. Hasta luego. (¡Aleluya!)

ESCENA XI.

CLARA.

Admirando quedo lo magnánimo y desinteresado que es mi sensible corazon. Precisamente á la vista de mi odiosa rival, la olvido y salvo al perjuro amante. No hiciera otro tanto Penélope con Clodoveo. Alguien viene. Empecemos á finjir divulgando la noticia. (Se pone á llorar.)

ESCENA XII.

CLARA. RUFO y JACOBO.

RUFO. Aquí me tiene Vd.

JACOBO. Caballero, estoy pronto. (Con dos pistolas y dos sables.)

RUFO. ¡Calle! ¿Una mujer llorando? ¡Ah! es la poetisa. (Clara llora más fuerte.) ¿Qué tiene Vd., señora? A ver: ¡Camarero!

CLARA. ¡Ay!

CAMARERO. ¿Qué se ofrece?

RUFO. ¿Qué le pasa á Vd.?

CLARA. ¡Ay!

RUFO. Ya lo he oido.

CLARA. ¡Ay! (Cada ¡ay! es más fuerte.)

JACOBO. ¡Y van tres!

CLARA. ¡Señores, acaba de cometerse un asesinato!...

RUFO. ¿Un asesinato?

JACOBO. ¿En la fonda?

CAMARERO. ¿Un asesinato en la fonda? Voy á contárselo al amo. (Váse corriendo.)

RUFO. ¿Pero está Vd. segura?

CLARA. Segurísima.

JACOBO. ¿Y quién es el asesino?

CLARA. Lo ignoro.

RUFO. ¿Y la víctima?

CLARA. D. Cándido Manzanillo.

JACOBO. ¿Y hoy se ha perpetrado el crímen?

CLARA. Sí, señor.

RUFO. ¿Y dónde está el cadáver?

CLARA. No me pregunteis más. Compadeced mi pena y dejad que diga como Ana Bolena al saber la muerte de Tito Livio:

Llorad mis desventuras,
llorad en vuestras jaulas, criaturas. (Vase.)

ESCENA XIII.

RUFO Y JACOBO.

RUFO. A esa señora le falta algo.

JACOBO. Me parece que le falta todo.

RUFO. Un asesinato en la fonda, y no haberlo sabido nosotros!

JACOBO. ¿Pues qué, nosotros tenemos obligacion de saber todo lo que pasa en la fonda?

RUFO. Ciertamente que no. En fin, sea lo que Dios quiera. (¡Pero ese hombre no viene!..)

JACOBO. Así sucedió el año pasado.

RUFO. ¿Qué no vino?

JACOBO. No señor: lo que Dios quiso.

RUFO. ¡Ya! (Empieza á pasearse.) Sospecho que hice mal en dejarle sin beber antes su vil sangre.

JACOBO. ¿A que no acude á la cita ese cobarde? (Paseándose en direccion opuesta.)

RUFO. ¿Espera Vd. á alguien?

JACOBO. Sí, espero á un rival odioso, para destrozarle entre mis uñas.

RUFO. ¡Hombre, qué casualidad! ¡Yo espero lo mismo!

JACOBO. Pero el mio no llega.

RUFO. Ni el mio tampoco.

JACOBO. Pues tenga Vd. paciencia.

RUFO. Eso digo yo. Bastantes cuidados tengo con los mios para meterme en los agenos.

JACOBO. Lo mismo digo.

RUFO. Pero yo le buscaré.

JACOBO. Yo daré con él.

RUFO. Y si le encuentro...

JACOBO. Si le cojo...

RUFO. Abur.

JACOBO. Abur.

(Los dos se dirigen á la puerta, marchándose de espaldas, y se encuentran en ella á Cándido.)

ESCENA XIV.

DICHOS, CANDIDO, CAMARERO.

CAMARERO. (Dándole un empujon á Cándido.) Eche Vd. á andar.
CANDIDO. ¡Ya me ha salvado doña Clara!
CAMARERO. Eche Vd. á andár, que luego le dirá al señor Juez lo que hacia escondido en la cueva...
CANDIDO. ¿Yo?
RUFO. ¿En la cueva?
CAMARERO. Despues de haber hecho un robo esta mañana y un asesinato esta tarde.
JACOBO. ¿Luego es él el asesino?
CANDIDO. ¿Yo?
RUFO. Calle Vd.
CAMARERO. Sí señor, sí. El asesino.
CANDIDO. Pero señores...
JACOBO. Que calle Vd. le han dicho.
CANDIDO. Que no me dá la gana. ¡Vaya! Necesito defenderme y me defenderé.
CAMARERO. ¡Se ha visto igual avilantez!..
RUFO. ¡Qué descaro!
JACOBO. ¡Pobre Manzanillo!
CAMARERO. RUFO. } ¡Pobre Manzanillo!
CANDIDO. ¡Es verdad! ¡Pobre Manzanillo!
RUFO. ¡Se compadece de su víctima! ¡Qué sarcasmo!
CANDIDO. Pero ¿qué víctima ni qué ocho cuartos? ¿Qué víctima es esa? ¡Que me traigan la víctima!
JACOBO. Y seria capaz de verla.
CANDIDO. Y hasta de comérmela (¡Vaya, ya me voy yo hartando!) ¿Qué víctima es esa?
RUFO. La de Vd.

CANDIDO. Pero ¿quién es?

JACOBO. Manzanillo.

CANDIDO. Pero si Manzanillo soy yo.

RUFO. ¿Usted? Imposible. (Con qué descaro finge.)

JACOBO. (¡Se conoce que es un gran criminal!

RUFO. Todavía pretende Vd. negar?..

CANDIDO. ¿A que ya no sé yo quien soy?

RUFO. La prueba de que es Vd...

CANDIDO. Aquí está: vean Vds. mis papeles, mi cédula de vecindad.

RUFO. Pues, le asesinó y se los ha quitado. (Se los quita.)

CANDIDO. ¿Pero dónde está el cadáver?

CAMARERO. Yo no lo sé.

RUFO. Ni yo.

JACOBO. Ni yo.

RUFO. ¿Y es necesario que haya cadáver para probar que Vd. es el asesino?

JACOBO. Claro está que no.

CANDIDO. En que lio me ha metido Doña Clara con su cadáver, sin saberlo.

CAMARERO. Ahora voy á avisar al amo.

CANDIDO. ¿Para qué?

CAMARERO. Para que vayan por el juez y le prendan á usted y le juzguen, y le sentencien.

CANDIDO. Y que me ahorquen por gracia, ¿no es ver dad?

RUFO. Ya lo harán por justicia.

CANDIDO. Yo necesito gritar, decir que lo que se está haciendo conmigo, es una iniquidad. (Gritando.) ¡Doña Clara!... ¡Rubia! ¡Morena! (Viendo aparecer á Luisa y Julia.) ¡Ah, gracias á Dios!

ESCENA XV.

DICHOS, JULIA y LUISA.

CANDIDO. Vengan Vds. en mi socorro; señoras, digan ustedes quién soy yo.

LUISA. ¿Y acaso lo sabemos nosotras?

CANDIDO. ¡Ay! ¡Es verdad No lo saben Vds. (Con desesperacion. Al público.) ¡No lo saben!

LUISA. (Bajo á Rufo.) Todo te lo explicaré ahora.

JULIA. (A Jacobo.) Pronto me pedirá V. perdon.

CANDIDO. Pero esto no puede seguir así... (Gritando.) A ver... ¡Doña Clara!... ¿Dónde está doña Clara? ¡Qué se presente doña Clara!

ESCENA XVI.

DICHOS, DOÑA CLARA.

CLARA. Acudo á tu reclamo,
Manzanillo, pues sabes que te amo.

CANDIDO. Venga Vd. aquí, señora, y declare quien soy, cómo me llamo, y si yo puedo asesinarme á mí mismo.

CLARA. ¡Qué duda cabe!

CANDIDO. Pues porque cabe duda, exijo que Vd. los saque de ella, y deshaga el lio en que me ha metido.

CLARA. Querido Manzanillo, disimula y confía en mi plan.

CANDIDO. Yo no quiero planes, lo que quiero es que diga Vd. á todo el mundo que el asesinato fué una ficcion inventada por Vd. para librarme de esos dos salvajes.

LUISA. ¿Dos salvajes? Oiga Vd., caballero, que uno es mi marido.

RUFO. ¡Cómo me conoce mi mujer!

JULIA. Y el otro mi novio.

CANDIDO. Eso es lo que quiero.

CLARA. Pues bien, sí: yo he inventado el asesinato; aquí no hay muerto ninguno; yo fuí quien levantó ese muerto.

CANDIDO. ¿Se convencen Vds. de mi inocencia?

LUISA. ¿Inocente Vd.? ¡Usted, que ha ~~infernado mi matrimonio!~~

JULIA. ¡Y desbar~~atado el mio!~~

CNADIDO. ¿Yo?

LUISA. Sí, señor, porque aun cuando es cierto que hice muy mal en venir aquí sin el consentimiento de mi marido, fué con la sola idea de evitar el duelo de mi hermano el marino con el teniente Jacobo.

JULIA. Jacobo, que renunció á mi mano porque me creia casada, y ahora renuncia á ella, porque me cree su novia de Vd.

CANDIDO. Pues los dos están errados, quiero decir, se equivocan; porque yo amo con delirio, pero ro no es á ninguna de Vds., es...

CLARA. A mí.

CANDIDO. ¿A Vd.? Primero moro.

CLARA. ¡Ah! ¡Sostenedme! ¡sostenedme!

RUFO. (Arrodillándose á los piés de Luisa.) ¡Perdon! querida Luisa!

JACOBO. (Id á los de Julia.) ¡Julia mia!

CANDIDO La mano que yo pretendo, es la de la sobrina de esta señora, porque esta señora tiene una sobrina.

CLARA. (Lánguidamente.) Tengo una Concha.

CANDIDO. Tiene Vd. muchas.

CLARA. Pues aquella no será para Vd.

CANDIDO. Señoras, caballeros, supliquen Vds. á doña Clara que me conceda la yema... digo, la mano de mi encantada Concha.

TODOS. Vamos doña Clara...

CLARA. Basta. Otro nuevo rasgo de mi sensible y bondadoso corazon, y de mi grandeza de alma. Manzanillo, tuya es mi Concha.

CANDIDO. (Sentándose encima de don Rufo.) ¡Ah!

RUFO. ¡Arre allá!

CANDIDO. Dispense Vd. (Va á sentarse en otra silla y se sienta encima de Jacobo.)

JACOBO. ¡Bárbaro!

CANDIDO. Dispensen Vds. ¡Me caso con la que amo! Esta es la primera y única cosa que me ha salido bien en mi vida.

(Al público.) Señores: mi dicha toda
cifro en un goce sencillo,
y es que si no os incomoda,
deis un aplauso á la boda
del señor de Manzanillo.

FIN DE LA OBRA.